

DIGNIDAD, PATRIA Y SEGURIDAD NACIONAL

El pasado 8 de mayo se cumplieron setenta y cinco años de la fundación de la Escuela Superior de Guerra. La creación de este Instituto, fue parte y complemento indispensable de la llamada "Reforma Militar" que patrocinó, concibió y llevó a efecto el Presidente de la República General Rafael Reyes dentro de un plan de transformaciones políticas, sociales y económicas que necesitaba una nación destrozada en lo económico y en lo moral después de tres años de cruel y despiadada guerra civil durante la cual se dio un golpe de estado, contra un anciano indefenso a quien se había traído innecesariamente a la dirección del estado y como títere de quien ostentaba el poder entre bambalinas. Luego se preparó sin éxito el contragolpe, además, como si algo faltara a tanta denigración, se perdió el Departamento de Panamá.

Eduardo Lemaitre en "Rafael Reyes - Biografía de un gran colombiano" diseña con especial maestría la época que antecedió al mandato presidencial de ese ilustre patricio, en un capítulo que se tituló "Vista panorámica de un país en ruinas". Frase que por sí misma sintetiza en muy pocas palabras la realidad colombiana en esa hora trágica y amarga. El 7 de Agosto de 1904 Rafael Reyes asumía la Presidencia de Colombia; se inició ese día una etapa decisiva en la transformación del país que ha influido en el desarrollo posterior de la nación y sigue marcando una pauta en nuestra conducta por cuanto se encuadra dentro del espíritu republicano y democrático que ha guiado los pasos de Colombia desde su emancipación política de España. Y, esta anotación es válida pese a la aparente contradicción que significó el "Quinquenio" como expresión de un sistema democrático.

Al finalizar el siglo pasado Rafael Reyes era la figura predominante dentro del conservatismo con la sola excepción de Don Miguel Antonio Caro quien estaba ejerciendo la Presidencia por haber fallecido el titular doctor Núñez. Rafael Reyes fue el vencedor en la guerra del 95 y su espíritu generoso con el adversario lo demostró en las Capitulaciones de Capitanejo. Todo ello le permitió ser el personaje señalado por la opinión mayoritaria de los partidos políticos tradicionales para regir los destinos nacionales en el sexenio 1896 - 1904. Su postulación para la Presidencia de la República fue suplantada utilizándose para ello una de esas artimañas tan frecuentes en nuestras costumbres políticas. Surgió entonces la fórmula guberna-

mental integrada por el doctor Manuel Antonio Sanclemente como Presidente, anciano de 84 años de edad y don José Manuel Marroquín para Vice-presidente que llegaba a los 71. Después de este insuceso político el General Reyes viajó al exterior y al estallar la guerra civil que se ha llamado de los "mil días", estaba ausente y así permaneció durante casi todo el conflicto.

Rafael Reyes residió preferencialmente en París en donde desempeñó misiones diplomáticas ante el Gobierno de Francia o de asesoría en las reclamaciones que nuestro gobierno entabló contra la Compañía Internacional del Canal de Panamá que se declaró en quiebra y terminó enajenando las acciones propiedad de la nación colombiana. Esa permanencia en la "ciudad luz" con el corazón puesto siempre en la patria lejana, nos autoriza a suponer que determinados sucesos del acontecer francés llamaron la atención y ocuparon la mente del ilustre estadista colombiano quien debió cotejar hechos de esa antigua nación de la vieja Europa plena de conocimientos y sabiduría con los que se estaban presentando al otro lado del Atlántico en un país como Colombia casi sin experiencia, que, aún no había cumplido el primer centenario de su existencia como nación soberana. Lo creemos así por cuanto es frecuente que existan circunstancias concomitantes, similitudes en los comportamientos de las sociedades humanas como también en la conducta personal de los individuos que la integran. Lo anterior no significa que se quiera establecer un paralelismo, que sabemos que no existe, entre dos naciones o

entre dos de sus más destacados protagonistas. Queremos sí destacar cómo los dos personajes de quienes nos ocupamos, el General Rafael Reyes de Colombia y el Mariscal Ferdinand Foch de Francia poseían cualidades humanas excepcionales, cada uno dentro de su propio y particular campo de acción, pero ambos destacándose por un sincero patriotismo demostrado especialmente a nuestro entender en la concepción que ambos tuvieron del Ejército Nacional como instrumento indispensable para mantener la dignidad patria representada en el brillo de sus armas y la soberanía, que no puede menoscabarse sin gravísimo peligro de la estabilidad nacional.

A principios de este siglo, en la época que hemos anotado cuando Rafael Reyes residía en París, un distinguido oficial del Ejército Francés, el General Ferdinand Foch, antes mencionado, fue designado Director de la Escuela Superior de Guerra de Francia. Anteriormente, durante varios años se había desempeñado como profesor emérito de ese Instituto en donde había regentado las cátedras de Historia Militar, Estrategia y Táctica aplicada. Del ejercicio de la alta docencia militar en materias básicas para la interpretación y la compenetración del "arte y ciencia de la guerra" había surgido en la mente del futuro Mariscal de Francia una nueva y moderna doctrina militar cimentada en la apreciación exacta y real de la situación nacional de su patria que no era muy halagüeña en esa alborada del siglo XX.

Francia había sido derrotada en Sedán y allí el Jefe de la Nación, Napoleón III, cayó prisionero; ante el Mariscal Bismarck, en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles, se firmó la capitulación de Francia y las provincias de Alsacia y Lorena, pasaron al dominio Imperial del Kaiser Guillermo I de Alemania. En medio de graves conmociones surgió la Tercera República Francesa. Al General George Boulanger con su barbilla en punta y su brioso caballo negro las gentes en París le gritaban en los desfiles del 14 de julio "A L'Elisse mon General". También le llamaban "el General Demagogo" que acabó huyendo de Francia y suicidándose en Bruselas, con la pasión de un cadete como alguien dijo pues se mató ante la tumba de su amante. En París se celebró el centenario de la revolución francesa con una exposición internacional para la cual se construyó la Tour Eiffel. Entretanto, graves escándalos de otro orden afectaban el prestigio de la nación gala; uno el "Affair Panamá" muy cerca de los intereses y de la política exterior de Colombia y en donde una de las glorias de Francia, Ferdinand de Lesseps fue arrollado por el torbellino de la malversación de fondos. El otro escándalo el "Proceso Dreyfus".

Un Capitán del Ejército Francés, Alfred Dreyfus de origen judío, fue injustamente acusado y condenado por espionaje a favor de Alemania; los verdaderos culpables de ese delito de traición a la patria fueron Oficiales del Estado Mayor General Francés que acrecentaron su crimen con una imputación falsa y calumniosa por la cual su víctima fue degradado y

llevado a las prisiones de Guayana. Cuando la verdad comenzó a trascender se falsificaron documentos para mantener la falsa imputación, la controversia se amplió a todos los círculos de la opinión pública y se transformó en realidad en un debate contra el Ejército Nacional. El "l'accuse" de Emilio Zolá, quien había sido expulsado de Francia por ese motivo, conmovió todas las fibras de la opinión nacional y se escuchó en el resto del mundo con admiración y estupor. Se abrió un segundo juicio contra Dreyfus, que no le absolvió. La crisis continuó. "Un ministro de Guerra —afirma André Maurais en su "Historia de Francia"— demasiado celoso empleó, para depurar al ejército, un método detestable: Hizo redactar fichas sobre los Oficiales por algunos de sus compañeros y alentó la delación. De aquí hondas divisiones en el ejército francés, el ascenso regulado por consideraciones políticas, no militares, y un peligroso malestar que debía al fin curar, en 1914 ante el inmenso peligro de la Patria. Estas consecuencias lejanas del asunto Dreyfus eran de lamentar.....".

En estos días el General Foch soldado profesional, con una brillante carrera militar, que había cultivado su espíritu en las disciplinas intelectuales llegaba a la Dirección de la Escuela Superior de Guerra de Francia. Años después ocuparía un sillón en la Academia Francesa y entraría así al Círculo de "Los inmortales", aunque esa gloriosa clasificación la habría merecido también en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial en que obtuvo el ascenso al grado de Mariscal. El general Foch

llegó a la Escuela Superior de Guerra en un momento de gravísima crisis interna dentro de la Institución Militar de su Patria y siguió exponiendo la doctrina Militar por él concebida que estaba basada, primordialmente, en la más justa y exacta apreciación de la situación Nacional y significaba ante todo dar especial prioridad a la dignidad patria y a la Seguridad Nacional. En esta etapa de su vida publicó dos de sus obras más conocidas: "Des principes de la guerre" y "De la conduite de la guerre" las cuales contienen las ideas expuestas durante tantos años en su Cátedra. Estas obras, hoy clásicas, han sido traducidas a varios idiomas, de la edición castellana de "Los principios de la guerra", de la Biblioteca del Oficial argentino transcribo el prefacio de la edición de 1903.

"Luz de faros encendidos en la costa tormentosa para guiar a los navegantes extraviados", así calificaríamos nosotros, de buen grado, estas páginas. Ellas han sido escritas para los jóvenes Oficiales. No debe esperarse encontrar en ellas un tratado completo, metódico y, menos aún, académico, sobre el arte de la guerra, sino simplemente una discusión de algunos puntos esenciales de la conducción de las tropas y, sobre todo, la orientación a dar al espíritu para que éste conciba siempre una maniobra racional. Si, a este título, todavía ellas pueden ser útiles, abriendo los ojos del lector o dirigiéndolos hacia una buena dirección, habrán cumplido el objeto propuesto por esta publicación".
"Cuando los jóvenes Oficiales llegan al regimiento y quieren abordar la conducción de las tropas en campaña, no oyen

hablar más que de los principios que rigen la guerra. En vano ellos procuran encontrar ese hilo conductor; no lo encuentran ni en su preparación anterior, ni en la lectura de las obras militares: "Los principios son una cuestión de buen sentido, de juicio, de aplicación variada, según las circunstancias; ellos no se escriben, ellos no se aprenden", les contestamos".

He pensado sin conocer desde luego ningún documento que demuestre mi creencia, el cual posiblemente nunca ha existido, que el General Rafael Reyes en París en estos primeros días del siglo y en vísperas de su elección como Presidente de la República debió enterarse y muy a fondo de la Doctrina Militar Francesa que desde la Escuela Superior de Guerra se impartía a las Fuerzas Armadas de la nación gala en una hora de grave crisis institucional.

Ese espíritu de la gran democracia que proclamó los "derechos del hombre y del ciudadano" con los cuales la Nueva Granada nació a la vida independiente "a los golpes de la imprenta de don Antonio Nariño", como en frase feliz expresara el doctor Eduardo Santos, fueron los que el estadista colombiano que se alejaba de las orillas del Sena para venir a Bogotá a asumir la Presidencia de la República, oyó, captó y adoptó a nuestro medio y nuestra idiosincrasia para realizar la Reforma Militar de 1907 que se adelantó basado en el principio de dignidad nacional representada en las Armas de la República y en la seguridad patria. Mientras la dignidad y la seguridad rijan, las Fuerzas Armadas de Colombia, serán el centinela insobornable de la heredad nacional. Plugu a los Dioses de Colombia mantener esos principios.